

LA «TERCERA CULTURA»: BAEZA Y ÚBEDA, DOS CIUDADES PARA EL PATRIMONIO DE LA HUMANIDAD»

Por Adela Tarifa Fernández
Consejera del I.E.G.

«Las gentes que nunca se preocupan por sus antepasados jamás mirarán hacia la posteridad»

Edmund Burke.

**A la memoria de don Antonio Domínguez Ortiz, que me regaló su testimonio de vida y me ayudó a comprender que enseñar la Historia de España a los jóvenes abre un camino de esperanza para que en el siglo XXI le ganemos la batalla a los nacionalismos excluyentes.*

GEOGRAFÍA, HISTORIA Y ARTE, CIENCIAS DE LOS HOMBRES

EN este trabajo de síntesis sobre la historia y el patrimonio histórico-artístico de Úbeda y Baeza, recojo las ideas fundamentales que expuse en la conferencia que impartí en San Lorenzo del Escorial en julio de 2002, inserta en el curso *Proporción y simetría en el Arte*. Elegí este tema para contribuir, en la medida de mis posibilidades, a apoyar la candidatura de Úbeda y Baeza como Ciudades Patrimonio de la Humanidad, dando a conocer su impresionante legado histórico-artístico al numeroso grupo de expertos en patrimonio que realizaron dicho curso, procedentes de toda la geografía española.

Este curso, dirigido por el profesor de la Escuela Técnica Superior de Arquitectura de Granada, Rafael Pérez Gómez, tuvo un carácter interdisciplinar e incidió en una línea de investigación hoy en alza, que recupera los valores del auténtico Humanismo porque en él caben todas las disciplinas; todos los que opinamos que «la Cultura» no tiene etiquetas académicas, pues no es de «letras» ni de «ciencias». La historia y el patrimonio cultural de estas dos ciu-

dades singulares de España nos servirán de argumento para poner de manifiesto que sus impresionantes manifestaciones artísticas hunden sus raíces en un largo y fructífero pasado histórico. Un pasado casi paralelo, estrechamente vinculado a la geografía, que es el soporte material de la historia.

Como bien sabemos, el conjunto histórico-artístico de estas dos ciudades se presentan por España este año como candidatura única para que la UNESCO las declare «Patrimonio de la Humanidad». Deseamos que tan nominación prospere. Pero, aunque no fuera así, Baeza y Úbeda seguirán siendo lo que siempre fueron: un referente obligado del patrimonio cultural universal. Juntas, seguirán cabalgando sobre esas suaves colinas de la Comarca jiennense de la Loma de Úbeda, divisadas desde la lejanía por el viajero que se les acerca por vez primera, sin imaginar acaso la inmensa belleza que ambas ciudades esconden. Algo que ya debió impactar a Miguel de Cervantes cuando las visitó, en calidad de recaudador de rentas, fundiendo y confundiendo sus nombres en *El Quijote*, donde noveladamente se relata el robo nocturno del cuerpo de San Juan de la Cruz, que murió en Úbeda en 1591. Todo un símbolo, pues estas dos ciudades estuvieron desde la noche de los tiempos destinadas a unir sus destinos y a convivir, estableciendo así un equilibrio histórico inestable.

El espacio geográfico de «La Loma», donde se ubican estas ciudades, tiene como horizonte, de un lado, a sierra Mágina, nombre que ha dado Antonio Muñoz Molina a Úbeda para recrear sus años de infancia y juventud en la patria nativa; de otro, las sierras de Cazorla, Segura y las Villas, cuna del Guadalquivir. Dos barreras montañosas que antaño, cuando la historia era prisionera de la geografía, marcaron el pasado fronterizo y guerrero de ambas urbes y, a la vez, las convirtieron en obligado lugar de tránsito entre el norte y el sur de la vieja Iberia. Sin estos condicionantes geohistóricos difícilmente podrá entenderse ese derroche de monumentalidad arquitectónica que Úbeda y Baeza conservan, pese a que el dios Eolo las castigó siempre con muchos vientos, y otros dioses del Olimpo también dejaron caer sobre ellas su furia, asoladas durante siglos por la guerra, el hambre y la enfermedad. Pero los hombres que laboraron aquellos campos, levantaron murallas y casas, y tallaron en piedra los impresionantes monumentos que hoy podemos contemplar, acabaron en este caso ganando el pulso al padre Zeus. Eso nos cuenta la historia, madre de todas las ciencias, pues es ciencia de los hombres, sin distinción de especializaciones académicas. Ciencia primera de la «Tercera Cultura», en la que caben todas.

Gracias a la historia sabemos que en impresionante patrimonio histórico artístico de Úbeda y de Baeza no sólo se justifica por razones de coyuntura política. Sabemos que ésta fue tierra de canteros porque su suelo era generoso en buena piedra. Sabemos que fue cuna de orfebres, ceramistas y tejedores, porque la naturaleza daba cuanto el oficio requería; como fue granero, salina, lagar y almazara que abasteció de toda clase de frutos a sus gentes y a otras muchas de lugares de lugares remotos, llegando con su comercio hasta la América recién descubierta. Esa tierra común y generosa es la casa en la que Úbeda y Baeza crecieron, eternas rivales, unidas por un cordón umbilical indestructible, que muchas veces intentaron cortar una y otra, creyendo erróneamente que eso las haría progresar más. Un lazo que todavía perdura y las une con fuerza. Porque hoy, aunque sus riñas domésticas no han terminado, ambas ciudades han aceptado su destino, simétricamente unidos pese a situaciones coyunturales de desequilibrios económicos o culturales. Hoy saben que para progresar deben aprender a sumar y no a restar, porque sólo así llegaran un día multiplicar. Esta candidatura única es un símbolo del pasado y una señal de futuro: nada de lo que pase en una de estas ciudades dejará nunca de afectar a la otra. Su rivalidad de siglos ha sido estímulo para el progreso, del cual el legado renacentista monumental sólo es la punta del iceberg que contempla el viajero que pasa por ellas pero no las ve de veras. Porque para entender esa lección de Proporción, Simetría y Arte que ofrecen Úbeda y Baeza es imprescindible conocer algo de su historia.

Por ello realizaré una aproximación al pasado histórico que estas dos ciudades han compartido, en un recorrido que forzosamente será veloz, pero que creo permitirá entender mejor el esplendor artístico de ambas durante el siglo XVI, y la larga noche que atravesaron juntas en los siglos de decadencia que siguieron a la breve prosperidad renacentista, que tiene raíces en la Edad Media. La historia demostró que en su siglo dorado, durante el Renacimiento, ambas ciudades eran dos gigantes, pero desgraciadamente sus pies no los talló el cantero Vandelvira en piedra. El paso del tiempo hizo ver que estaban labrados de la misma frágil arcilla que todavía utilizan sus alfareros.

Hoy, cuando ambas ciudades viven una segunda edad de oro, es un buen momento para invitar a visitarlas a los que todavía no las conocen. Para los que ya pisado Úbeda y Baeza, ésta es una gran ocasión para volver y descubrirlas de nuevo, porque estas dos ciudades encierran tanto pasado que siempre el viajero sentirá la sensación de descubrir sus enigmas por primera

vez, si busca nuevos prismas desde donde contemplarlas. Y es que Baeza y Úbeda necesitan mucho tiempo para descubrir su magia, invisible si se las recorren con prisa y se las mira sin verlas por dentro. Convencida de ello, desde estas páginas invito a realizar un recorrido fugaz por en el túnel del tiempo de Baeza y Úbeda, trazando un paralelismo histórico y artístico que una lo que la geografía ya había enlazado desde la noche de los tiempos.

BAEZA Y ÚBEDA HASTA LA CONQUISTA MUSULMANA

Los primeros asentamientos humanos en Baeza son muy remotos, según nos cuenta la arqueología. Debió estar poblada desde el Paleolítico Medio (100.000 a. c.), pues hay restos de industria lítica musteriense en el yacimiento Lorite, junto al Guadalimar, y en otras terrazas del río Guadalquivir próximas. Este poblamiento no se interrumpió en el Paleolítico Superior, y en el período Epipaleolítico, época de la que se han encontrado abundantes microlitos en una zona llamada «El Llano». Desgraciadamente no se han realizado hallazgos de restos humanos. En el Neolítico aumentó el número de pobladores, teniendo en cuenta la abundancia de útiles de piedra pulimentada, y de cerámica propia de este período, además de otras piezas que llegaría de fuera, por contacto con otros pueblos: la «globalización» ya había empezado, pues a las relaciones entre los seres humanos y a los contactos culturales nadie pudo poner puertas por mucho tiempo. Seguramente son fruto de estos contactos algunos enterramientos baezanos, propios de pueblos que buscan metales y que dan mucha importancia a las creencias de ultratumba: el enterramiento megalítico del Encinarejo es una prueba de ello; ubicado entre Úbeda y Baeza, nos indica también que había comenzado ya, en tiempo de la cultura argárica, el hermanamiento involuntario entre ambas, pues los nueve kilómetros que las separa eran pocos incluso en la Prehistoria. Pero es justo decir que de las dos hermanas, la primera que llegó al mundo fue Baeza, rompiendo el equilibrio histórico que sería su sino.

Como sabemos, la presencia de murallas está unida a la guerra, y ésta tiene que ver mucho con la riqueza, que entonces estaba en la posesión de metales. No bastaba con elegir lugares elevados y con suficiente panorámica para ver llegar al enemigo. El temor de aquellos primeros «ricos baezanos» de la prehistoria hizo que naciera el Barrio amurallado del alcázar y el de la Fuente de la Peña. Los metales, el agua, la arcilla, las rocas y la altura eran los elementos que equilibraban un temor fundado a perder ese mínimo

orden primitivo. Elementos todos geográficos, pues ya dijimos que la historia fue antaño una prisionera de la geografía. Geografía que desplazó poblaciones desde el valle a la montaña, buscando metales en Sierra Morena. Geografía que se hizo roca para construir las primeras murallas baezanas, convertidas en la primera manifestación artística de su remoto pasado, aunque esas murallas no impidieran el transvase cultural, reflejado en los ricos ajuares de los muertos.

Los fenicios y los griegos focenses tuvieron contactos comerciales pacíficos con los primeros baezanos del Alcázar, adentrándose con bastante osadía hacia las remotas montañas de la Sierra Morena en busca de metales, como se ha visto por los hallazgos de las minas de El Centenillo («Tornillos de Arquímedes», monedas, etc). Su impronta cultural dejó huellas en Baeza, que pueden apreciarse en la llamada Espada de Baeza que se exhibe en el Museo Arqueológico Nacional, encontrada en la orilla del Guadalimar, cerca de Cástulo. Respecto a la importancia de este poblado prehistórico del Alcázar baezano, basta decir que ocupó un área de cuatro hectáreas durante la época del Bronce. Las excavaciones realizadas allí en 1989 pusieron de manifiesto que el poblamiento en ese lugar nunca se interrumpió, con continuidad en la edad del Hierro, cuando llega la escritura, con las colonizaciones de fenicios y griegos.

El pueblo ibérico que comerciaba en Baeza con estos extranjeros era el de los Oretanos, los mismos que ocupaban el poblado de «Úbeda la vieja», bastante alejado de la Úbeda actual, y de Cástulo. Todos ellos sufrieron la furia imperialista de Cartago y de Roma, sumiendo a estos lugares en una «época oscura» que duró hasta el dominio romano. Época a la que, a falta de fuentes históricas, los viejos cronistas de antaño llenaron de leyendas, imaginando a un tal rey Beto como mecenas de la primera universidad, en la que estudiaron Homero y Hesiodo, entre otros sabios. A tal leyenda nada vamos a añadir...

No queda duda de que durante el período romano Baeza pasó de aldea a ciudad, llamada Viatia, y con centro en el mismo barrio del Alcázar prehistórico. Nombre muy indicativo de su función: Baeza era vía que conectaba Cástulo con la costa de Málaga, dando salida a los metales. A esta Viatia aludió Plinio el Viejo, en el siglo I antes de Cristo, llamando vivatienses a sus pobladores y afirmando que era un lugar muy importante, del que dependían numerosas aldeas, con autonomía jurídica y moneda propia. Este prestigio se afianzó durante el Imperio, como se demuestra en testimonios

epigráficos muy abundantes, llegando Baeza a equipararse en rango con la famosa Cástulo, levantando templos a Júpiter y al emperador. Su auge urbano desapareció con la ruralización del Bajo Imperio y las primeras invasiones germánicas, dispersándose la población por lugares como la Yedra, hoy zona de recreo veraniego para los baezanos. De la época romana quedan algunas tumbas, como la del Cortijo del Ahorcado, y restos de un acueducto en Canena, población que fue balneario, que hoy perdura.

Con los Visigodos Baeza tuvo más importancia que otros pueblos vecinos, aunque no sabemos si es cierto que se convirtiera en sede episcopal. Sí nos consta que existía ya en la ciudad una importante comunidad judía, y que ellos facilitaron la llegada de los musulmanes, porque fueron muy perseguidos por los reyes godos. Las manifestaciones artísticas que han quedado de los visigodos son escasa, aunque se conservan algunos lugares de culto y retiro espiritual, en la Cueva de la Veguilla, y el famoso Oratorio rupestre de Valdecanales, estudiado por especialistas, fechado hacia el siglo VII y ampliado por los musulmanes.

Precisamente hemos de esperar a los Visigodos para saber algo importante sobre la historia de **Úbeda**, una hermana gemela que tardó bastante en llegar al mundo, para apuntalar el inestable equilibrio baezano. Porque es curioso observar lo rápido que progresaron juntas, en tiempos musulmanes.

Úbeda es hoy capital de la comarca de la Loma, ocupando desde sus orígenes una privilegiada posición estratégica, al otear el entorno desde los 750 metros de altitud en que está enclavada, rodeada por los ríos Guadalimar y Guadalquivir. Esta atalaya natural se reforzó con buenas murallas, siendo, como Baeza, paso de pueblos, uniendo la Meseta con levante y el sur, según sabemos por el Itinerario de Hernando Colón, de 1517. Por desgracia estos viejos caminos no mejoraron con el paso de los siglos, acabando por ser un obstáculo para sus desarrollos tras el siglos XVI. Su nombre se lo dieron los árabes, aunque alguien afirma que ya se conocía en tiempos de Visigodos (así lo cuenta Miguel de Luna, un morisco Granadino que fue traductor de arábigo de Felipe II y autor de obras apócrifas). Sobre esto existen muchas leyendas, como las hay sobre el origen de la conocida frase de «irse por los cerros de Úbeda». Leyendas que enlazan con romances fronterizos, y que no voy a tocar aquí. Sí quiero añadir que etimológicamente pudiera relacionarse el nombre con la voz latina *Huber-uberis*, que significa ubre, abundancia, dado que los cronistas antiguos coinciden en afirmar que sus campos eran

muy ricos en todos los frutos, desde el famoso Moro Rasis hasta el cronista Méndez Silva, del XVII.

De la época prehistórica solo quedan algunos restos argáricos, encontrados en el antiguo barrio del alcázar, lugar que ocupó la mezquita mayor y que hoy ocupa la colegiata de Santa María. No fue ciudad importante con Roma ni con los Visigodos, pues era entonces sólo pequeña aldea. Como en Baeza, fue muy numerosa entonces su comunidad judía, dato que corrobora Jimena Jurado en sus famosos Anales de Arjona. Ellos pactaron con los musulmanes la entrega pacífica del lugar. Esta comunidad judía ya ocupaba los mismos lugares que tuvo durante toda la edad media, tras el alcázar, en la plaza de los Carvajales y Gradeta de Santo Tomás. Las casas judías que hoy se conservan son uno de los mejores exponentes de la presencia de judíos en España hasta 1492, aunque son muy poco conocida para el turista habitual. Con la llegada de los musulmanes comenzó la historia de una ciudad llamada «Ebdete de los árabes».

LA EDAD MEDIA, MUSULMANA Y CRISTIANA

Poca simetría en el tiempo histórico medieval hay si comparamos la edad media musulmana y la cristiana. **Úbeda** fue ciudad musulmana durante cinco siglos y veintidós años, y sólo duró su edad media cristiana dos centuria y medio, tomando como punto final el reinado de los Reyes Católicos. Sin embargo es escaso el legado artístico musulmán que se ha conservado. Sabemos que en los primeros tiempos convivieron en un equilibrio desequilibrado, los judíos, cristianos y musulmanes, porque los musulmanes eran los vencedores e impusieron sus condiciones a los vencidos. En la actual colegiata de Santa María estuvo su Mezquita Mayor, y todavía hoy se conserva en este edificio la estructura propia de una mezquita, especialmente el patio. También quedan algunos restos de decoración árabe en la parroquia de San Pablo, que fuera mezquita como otras muchas iglesias ubetenses. Más importancia tiene como legado musulmán la estructura urbana del casco antiguo, intramuros, el modelo de vivienda popular, los numerosos artesanados mudéjares y las actividades artesanas, de forja, esparto y cerámica, conservándose en Úbeda tres de los cinco hornos de arcilla musulmanes que hay en España, en la calle Valencia. La Casa Mudéjar, sede del museo arqueológico municipal, es una magnífica muestra de esta influencia. También el trazado de su muralla, reforzada más adelante, es de origen musulmán, siendo uno de los baluartes defensivos más destacados de Andalucía,

tras el que llegaron a refugiarse más de 60.000 habitantes tras la batalla de las Navas de Tolosa, huyendo de los cristianos. De hecho, en las viejas crónicas se llamó a esta batalla «la de Úbeda», pues finalizó aquí. Sin embargo la Úbeda musulmana sucumbió a los ataques cristianos varias veces antes de su toma definitiva, que fue en julio de 1233. Aunque la tradición puso la fecha del día de san Miguel Arcángel, el 29 de septiembre de 1234, siendo este santo guerrero en uno de los patronos de Úbeda. El otro, más pacífico, es San Juan de la cruz. En todo caso, reinando Fernando III comenzó su Edad Media cristiana.

Durante los siglos que siguieron la ciudad de Úbeda se afianza como una de las más importantes de Andalucía, convertida en Ciudad-Frontera, que frenaba las avanzadillas musulmanas y abastecía a la corona de víveres, armas y tropa. Como era muy dura la vida en la frontera, los reyes otorgaron a los repobladores cristianos de Úbeda infinidad de privilegios fiscales y mucha autonomía municipal, dándoles el Fuero de Cuenca. Se creó así una especie de matrimonio por interés, en un equilibrio nacido de la guerra: el rey necesitaba a Úbeda y Úbeda recibía beneficios reales por su ayuda. Aunque a la larga esta armonía se truncó, convertida en desorden. Las familias nobiliarias más poderosas formaron bandos que se disputaban el poder municipal, intentando dominar el alcázar. Estas banderías ensangrentaron la ciudad, añadiendo violencia interna a la externa.

Pese a tantas dificultades, el deseo de libertad y las expectativas de ascenso social y económico atrajeron a Úbeda a gran cantidad de repobladores, procedentes de Castilla, León, Navarra, Aragón, y de Francia y Portugal. Todos querían riqueza y poder, pero sólo unos pocos lo consiguieron: Traperas y Arandas, primero, Cuevas y Molinas, después, desafiaron las órdenes reales y lucharon por el poder con todos sus medios, unidos estos linajes sólo cuando acechaba el peligro musulmán. Entonces juntabas sus armas y ayudaban al rey, como hicieron los doce caballeros ubetenses que colaboraron con Alfonso XI en el sitio de Algeciras. El rey concedió a la ciudad de Úbeda un escudo con la corona real y doce leones, símbolo de la valentía de sus nobles guerreros. También tuvieron mucha influencia en la corte personajes ubetenses famosos, caso del condestable Dávalos y de Don Beltrán de la Cueva, supuesto padre de la Beltraneja. Cuando acabó el peligro musulmán, con la conquista de Granada, termina la Edad Media. Desde entonces Úbeda dejó de ser imprescindible para la monarquía, a la que le molestaban tantos privilegios municipales. Así comenzó otra época, también con

ubetenses en la corte, como Don Francisco de los Cobos y su sobrino, Juan Vázquez de Molina, pero sin autonomía municipal. Los reyes mandaron derribar el alcázar y parte de la muralla, ya inútiles símbolos del pasado, como castigo a la nobleza rebelde. La unidad buscada por la monarquía autoritaria fue el orden de aquella nueva época, en la que no cabrían judíos ni musulmanes, sinagogas ni mezquitas, ni alcázares ni castillos ni murallas. En la que imperaba la autoridad del rey y el poder del cristianismo. La Iglesia y el Estado marcaron toda la simetría histórica del Antiguo Régimen.

El camino recorrido por Baeza en esta etapa medieval tiene forma de una línea casi paralela al que hemos visto en Úbeda. Paralela desviada de vez en cuando por otros recodos, pero que siempre recupera la horizontalidad perdida. Baeza fue musulmana hasta 1227, seis años menos que Úbeda. Como Úbeda, se entregó a los musulmanes capitulando, tuvo una primera etapa de convivencia entre judíos cristianos y musulmanes, con una armonía más aparente que real. Su nombre se arabiza, llamada Bayyasa, y prospera notablemente, sobre todo durante el siglo X, cuando se construyó en su término el impresionante castillo de Baños de la Encina, un monumento que vale la pena conocer. Su término se extendía desde el borde del Guadalquivir hasta sierra Morena. Como en Úbeda, la intolerancia hacia judíos y cristianos fue creciendo paulatinamente, sobre todo con los Almorávides y Almohades, aunque en esta época tuvo un renacer cultural, destacando figuras tan famosas como el matemático Hakal al-Garnati, y el filósofo Ibrainm al-Ansari, conocido como «el baezano». Como Úbeda, sucumbió varias veces ante los cristianos, y fue saqueada tras la batalla de las Navas de Tolosa. Entonces recorre un camino diferente, pues se convirtió en un pequeño reino musulmán, vasallo del rey castellano. Este apoyo a los cristianos le costó la vida al rey de Baeza, asesinado por los suyos. Fernando III aprovechó este hecho para conquistarla definitivamente, el 30 de noviembre de 1227, lo que provocó una masiva huida de musulmanas hacia su hermana Úbeda, mejor amurallada que Baeza. Es de destacar que por entonces ambas ciudades se consideraban entre las más importantes de Andalucía, tras Córdoba y Sevilla, según se dice en una carta que mandó Fernando III al Papa.

Durante la Edad Media cristiana Baeza prosperó al mismo ritmo que Úbeda, aunque empezó ya a destacar por su impronta religiosa: allí se fundó el primer obispado y catedral, siendo un soriano su primer obispo. Como en Úbeda, los reyes otorgaron a sus pobladores el Fuero de Cuenca, que daba grandes libertades municipales. La nobleza baezana tuvo su origen en los 500

infanzones dirigidos por Don Lope Díaz de Haro, señor de Vizcaya, que defendieron la ciudad tras la conquista, saliendo algunos a repoblar otros lugares, incluida Úbeda. Se considera a estos hombres el germen de la nobleza de Andalucía, siempre levantisca y brava. Una nobleza que también protagonizó terribles luchas de bandos en Baeza, enfrentados a muerte los Carvajales y los Benavides. Acaso eso explique que las revueltas comuneras, durante el reinado de Carlos V, tuvieran en Baeza más virulencia que en Úbeda. También arranca de esta época una buena parte de la riqueza artística que atesora esta ciudad, construida entonces su Catedral, la casas consistoriales viejas, la desaparecida colegiata de santa María del Alcázar y las doce parroquias que llegó a tener en el siglo xv, algunas de estilo románico y gótico tardío, como la Santa Cruz. Fue una ciudad conventual por antonomasia, aunque la mayoría de estas monumentos eclesiásticos se han arruinado o desaparecieron hace tiempo. Como sucedió en Úbeda, el tiempo de la autonomía municipal y de libertades acabó tras la toma de Granada, comenzando entonces su corto pero impresionante Renacimiento económico y artístico.

LAS ÉPOCAS DE LA MODERNIDAD: DEL ESPLENDOR RENACENTISTA A LA DECADENCIA

Úbeda y Baeza progresaron mucho durante el siglo xvi, siglo en el que se ubica su esplendor arquitectónico. Por eso suele creerse que existió una Edad moderna muy favorable para ambas ciudades, sin establecer los matices oportunos. Si contemplamos los más de tres siglos que abarca esta etapa histórica notaremos hasta que punto es válida la frase que escribió Domínguez Ortiz referida a Sevilla, afirmando que las épocas de esplendor siempre son transitorias. En las dos ciudades hubo un corto y próspero siglo xvi, y unas largas y decadentes xvii, xviii y xix.

En la primera etapa, sin el peligro musulmán a las espaldas, se roturan nuevas tierras, se desarrolla la ganadería y florecen numerosas industrias, como las textiles. La nobleza, el clero y el cabildo municipal de ambas ciudades propician remodelaciones urbanas dentro del casco medieval, y se abren nuevas zona de expansión, extramuros, para dar cabida al espectacular crecimiento demográfico. En Baeza tuvo mucha importancia su Universidad, fundada en 1538 por bula de Paulo III. A su amparo proliferan nuevas fundaciones conventuales, como la de los Jesuitas y Carmelitas descalzos. El humanismo baezano se reflejó en los cambios de mentalidad que afectan

a una gran parte del vecindario, con manifestaciones de espiritualidad no siempre bien vistas por la Inquisición, caso de los Iluminados y las Beatas, muy influidos por ideas erasmistas. Otro signo de progreso lo encontramos en la naciente industria de libros, que se editan en sus cuatro imprentas. Mientras tanto los reyes canalizan el ardor de la nobleza guerrera llamándola a campaña siempre que la necesita, desde la conquista de Granada a la revuelta morisca de la Alpujarra. Algunos baezanos acabarán repoblando estas sierras abandonadas por los moriscos y llevando al pueblo de Válor, la patria de Aben Humeya, la devoción hacia su santo Cristo de la Yedra.

En Úbeda el motor de la remodelación urbana tuvo mucho que ver con el mecenazgo ejercido por la nobleza, que ocupa cargos relevantes en la corte, especialmente la familia de los Cobos-Molina, promotores de los cambios urbanísticos en la plaza de Santa María y de la construcción de Hospital de Santiago, en las afueras del casco urbano primitivo. También el cabildo municipal favorece las remodelaciones del entramado urbano antiguo, permitiendo que se abran plazas en solares arruinado, y asumiendo construcciones nuevas, como las Casas Consistoriales, el Pósito nuevo, y el Arco de Toledo. La ciudad crece y se desplaza hacia el oeste, en torno al desaparecido convento de san Nicasio, en el lugar que hoy ocupa la plaza de toros. Como luego veremos, en estos cambios urbanísticos tuvo gran relevancia la labor del cantero Andrés de Vandelvira. La prosperidad económica se refleja en el crecimiento demográfico: Úbeda alcanzó los 23.000 habitantes a finales del XVI, cuando Madrid tenía poco más de 37.000 almas.

Pero en esta prosperidad hay demasiadas sombras. Son tremendos los desequilibrios sociales y la indiferencia con la que los poderosos contemplan la miseria que tienen a su lado: junto al imponente palacio y el colosal panteón funerario de don Francisco de los Cobos estaba el Hospital para Honorados Viejos del Salvador, lugar de pobres de solemnidad. El destino hizo que junto a la casa de este señor se instalara el torno y la Casa-Cuna de Expósitos (Calle Matillas, donde se conserva el único torno de la Inclusa), una institución que acogió a más de 6.000 niños en pocos años, sin salvar la vida de ninguno. En definitiva, un orden social absolutamente marcado por el desorden, en el que sólo la caridad ejercida por algunas obra pías, cofradías y conventos llevaba consuelo a los numerosos marginados que vagaban por la misma ciudad en la que se alzaban palacios lujosos. La imponente mole del Hospital de Santiago que saluda a todo el que llega a Úbeda, refleja como conviven la proporción y simetría de arte, ordenado, con el desorden del

desequilibrio social imperante: porque a este Monumento Nacional, joya del Renacimiento, iban a morir infinidad de pobres de una ciudad rica. Este desorden social pagó un alto precio en vidas humanas desde finales del XVI, pero, sobre todo en los siglos XVII, XVIII y XIX.

Fueron terribles estas centurias en Úbeda y Baeza, unidas ahora en la adversidad con escasos matices diferenciadores. Porque las raíces de la crisis eran muy similares: en ambas ciudades había demasiado clero y nobleza, exenta de impuestos y dueña de grandes latifundios. En ambas era palpable la corrupción política municipal. En ambas atacaron con saña los jinetes de la Apocalipsis, asoladas por hambrunas, plagas y enfermedades contagiosas. En ambas se produjo una gran emigración de los brazos más jóvenes, huyendo de la miseria y de las levas forzosas; en ambas fue tenaz la insaciable presión fiscal de unos reyes que les exigían más de lo que podían dar, a cambio de nada ahora. Buscando alguna diferencia diríamos que en Baeza tardó más en hacerse notar la crisis, porque era ciudad conventual más que palaciega, y el clero siguió ejerciendo labores caritativas por más tiempo, al menos hasta que la política desamortizadora puso en sus bienes el principal punto de mira. Por eso fue muy rápido el declive baezano desde finales del siglo XVIII y durante el siglo XIX, coincidiendo con la creación de las Nuevas Poblaciones de Sierra Morena, que ocuparon parte del término municipal de Baeza. Precisamente en esta ciudad vivió sus últimos años de destierro, y murió, el promotor de ese gran proyecto colonizador, el peruano Pablo de Olavide, quien mandó edificar una capital marcada por la proporción y la simetría, La Carolina, en una zona montuosa, poblada de encinas, alimañas y transitadas por bandidos. Una muestra más del poder de los hombres para cambiar la naturaleza. Pero no siempre aciertan en sus cometidos.

El más tardío declive baezano no lo pudo frenar la importante Sociedad Económica de Amigos del País que aquí se fundó en 1774, una de las primeras de España, con veintiocho socios; Tal declive se demuestra observando su despoblación: de las doce parroquias que tuvo en el siglo XV, sólo quedan tres a principios del XIX. Respecto a los daños que sufrió su patrimonio artístico, fue especialmente palpable en los bienes de la Iglesia, en la mayor parte de los casos por abandono y ruina natural, aunque la invasión napoleónica trajo más daños, que siguieron durante la guerra civil del 36. Algo parecido sucedió en Úbeda, cerradas la mayoría de sus once parroquia, arruinada la muralla, hundidos algunos conventos, como el de San Juan de

Dios y el Santi Espiritu, y derribados edificios emblemáticos, caso del arco de la Puerta de Toledo que, afectado por el terremoto de Lisboa de 1755, nunca se reconstruyó, siendo finalmente derribado. Un padrón de población de 1734 nos indica que para entonces Úbeda sólo tenía 8.000 habitantes, con más de 500 familias declaradas pobres de solemnidad (datos del Catastro de Ensenada). También aquí las tropas francesas hicieron muchos destrozos, sufriendo tanto o más que en Baeza el patrimonio histórico-artístico durante la guerra civil.

Para un historiador resulta deprimente contemplar desde la atalaya del tiempo histórico, la lenta agonía de dos ciudades que habían logrado alcanzar tanto auge en la Baja Edad Media y durante el siglo XVI, ante la indiferencia de sus vecinos, que también agonizan de miseria durante siglos al lado de los edificios del Renacimiento. Sin embargo el hecho de que haya perdurado un parte muy considerable de sus monumentos arquitectónica nos lleva a reflexionar sobre la gran maestría que pusieron en práctica aquellos canteros del XVI cuando proyectaron unos edificios capaces de soportar el fuego, el expolio, el abandono y la furia de los elementos. Un legado que hoy han recuperado estas dos ciudades, convertidas en uno de los más impresionantes conjuntos renacentistas del mundo. Andrés de Vandelvira, el maestro cantero que hizo posible gran parte de este triunfo, hoy contempla la segunda edad de oro de Úbeda y Baeza desde el pedestal en que colocaron su imagen, en la plaza Vázquez de Molina de Úbeda, y parece decir que él se adelantó al ritmo que marcaría la historia: Úbeda y Baeza serían cinceladas por canteros o no serían casi nada. Las dos han soportado todas las tempestades gracias al arte de la cantería.

EL ARTE DE LA CANTERÍA Y LOS CONJUNTOS URBANOS DE BAEZA Y ÚBEDA

Sabemos que el arte de la cantería tuvo notable importancia en el Renacimiento andaluz. Este arte implica dar absoluto protagonismo a la piedra como elemento constructivo, retomando las ideas de tratadistas antiguos pero con nuevas aportaciones técnicas e innovadores repertorios en las formas. Este arte requería un gran esfuerzo investigador para crear soluciones arquitectónicas que superasen los modelos medievales, suprimiendo ojivas para imponer volúmenes cilíndricos y esféricos, basados en el arco de medio punto. Precisamente la familia de los Vandelvira fueron pioneros en este campo, destacando desde el punto de vista teórico el famoso tratado de

Cantería del giennense Alonso de Vandelvira, en el que se marcan las pautas que diferencian las tareas de albañilería, basadas en el uso de ladrillos y mortero, de la cantería, arte en el que cada dovela de piedra tallada tiene tamaños mayores e implica un estudio de dimensiones exactas, que permita realizar un perfecto acoplamiento de cada piedra. Esto se realiza con apoyo de la Geometría, pues el maestro cantero necesita recurrir a muchas operaciones geométricas antes de iniciar la talla de cada pieza. Una técnica que hoy se estudia dentro del ámbito de la Geometría Descriptiva. En consecuencia, la traza de cantería renacentista que podemos contemplar magistralmente lograda en Úbeda y Baeza, es el resultado de largos y complejos estudios geométricos, en los que el arquitecto domina el dibujo técnico, contando con utillaje muy específico que le permite medir, cortar y tallar la piedra (cinceles, sierras picos, martillos, satarreglas, baibel, etc). Sólo así se logran soluciones arquitectónicas tan geniales y originales como las que dejó Andrés de Vandelvira en Baeza, y sobre todo, en Úbeda, caso de las bóvedas baídas que sustituyen a las antiguas de arista.

Andrés de Vandelvira nació en Alcázar, en 1505, y murió en Jaén, en 1575. Fue contemporáneo de canteros muy famosos, como Siloé, Machuca y Alonso de Covarrubias, entre otros, artistas que aprovecharon el mecenazgo de los poderosos para construir las obras más sobresalientes del renacimiento español. La llegada de Vandelvira a Andalucía, tras aprender el oficio con Francisco de Luna, se produjo hacia 1530, trabajando primero en Villacarrillo y luego en Úbeda, contratado por don Francisco de los Cobos. En él son claras las influencias que recibe de Machuca y de Siloé, enriquecido también con aportaciones de escultores como Esteban Jamete, que realizó gran parte de las esculturas del Salvador de Úbeda. Este arquitecto, que trabajó en otras muchas ciudades y pueblos, fue un estudioso de los tratados clásicos, como el de Vitrubio, evolucionando artísticamente desde formas manieristas a modelos de gran sobriedad arquitectónica, cuyo mejor exponente lo tenemos en el Hospital de Santiago de Úbeda y en la catedral de Jaén, especialmente en su sala capitular. Desde luego es justo reconocer que Úbeda y Baeza no serían lo que son en el campo del arte sin las aportaciones que dejó en ellas este genial cantero del siglo XVI, creador de toda una escuela de arquitectos en Jaén, como Alonso Barba, que culminó algunos de los trabajos comenzados por él, trabajando en Úbeda, en la parroquia de San Isidoro, y en las catedrales de Jaén, Málaga y Sevilla. Alonso de Vandelvira, hijo del maestro, escribió el famoso *«Libro de trazas de cortes de piedra»*, fundamento de la teoría utilizada por su padre (La eteroetomía). Éste tam-

bién trabajó como maestro cantero en numerosas obras importantes, desde Sabiote, en Jaén, a Sevilla y Cádiz, ciudad en la que murió, hacia 1625-27. Otros canteros notables de Jaén fueron Francisco del Castillo el Joven y Ginés Martínez de Aranda, procedente de una familia de canteros de Baeza, quien introdujo la arquitectura renacentista en Galicia, trabajando en el monasterio de San Martín Pinario y en la escalera de la puerta del Obradoiro de la Catedral de Santiago.

Realizando un recorrido muy apresurado por los conjuntos artísticos más monumentales de Baeza y Úbeda, hemos de reiterar que la mayor parte de su patrimonio arquitectónico se realizó en el siglo XVI, al amparo del mecenazgo de la nobleza, la Iglesia y el cabildo municipal, coincidiendo con la paz y bonanza económica que siguió a la conquista de Granada por los Reyes Católicos. Como vimos, entonces se demolieron los viejos alcázares y parte del recinto amurallado, posibilitando ello nuevos espacios y reestructuraciones urbanas antes inviables. Esta medida tuvo notables repercusiones artísticas y desmedievalizó una parte del recinto urbano, provocando también traslados demográficos. Magnífico ejemplo de esos cambios son los conjuntos arquitectónicos que hoy podemos contemplar en las plazas del Mechado, Vázquez de Molina y de Toledo, en Úbeda, y en las de Santa María y la del Mercado y plaza del Pópulo, de Baeza

Estas plazas remodeladas se ubican en el contexto de las numerosas transformaciones urbanas renacentistas realizadas en España desde el siglo XV en adelante, para dar cabida a nuevos edificios públicos y habilitar dignas residencias a personajes y ordenes religiosas nuevas. Son los casos de los palacios de Jabalquinto en Baeza, o la Casa de Las Torres, de Úbeda, residencia del capital Andrés Dávalos de la Cueva; un edificio cargado de historia y leyendas, recogidas en la novela *El jinete polaco*, de Muñoz Molina. Algo no muy distinto a lo que por entonces sucedía en Italia, donde proliferan reestructuraciones urbanas que dan lugar a plazas y placetas al servicio de una arquitectura señorial y municipal.

Centrándonos en el ejemplo concreto de Úbeda y Baeza, en la primera ciudad predominó más la iniciativa señorial que la municipal en la nueva fisonomía que fue adquiriendo la ciudad. En Baeza el cabildo tuvo gran actividad y tomó muchas iniciativas para ubicar espacios civiles públicos y ordenar el entramado urbano al gusto de los nuevos tiempos. Eso explica la concentración de monumentos en el casco urbano actual, reflejo de un orden perfectamente diseñado durante el siglo XVI. En esta diferencia entre Úbeda

y Baeza pudo influir el hecho de que el Corregidor de ambas ciudades decidiera fijar su residencia en Baeza, aunque no es el único factor a tener en cuenta. Como resultado se creó un nuevo orden espacial urbano, que modificó una parte de los viejos trazados medievales en ambas ciudades. Además de ello se utilizaron recursos muy curiosos para sacar el mayor partido posible de la imagen externa que tienen algunos edificios renacentista, caso de la puesta en valor de las esquinas, haciendo que converja en ellas la visual principal, como puede verse en el palacio Vela de los Cobos de Úbeda y en el actual Parador de turismo, que fue el palacio del capellán del Salvador. Algo similar sucede con la construcción de torres en esquina, de influencia medieval pero incorporadas al renacimiento, como vemos en el palacio de Mancera y en de los condes de Guadiana, ambos en Úbeda, convertidas sus torres en elementos de focalización visual.

Un edificio muy importante en las ciudades renacentistas son las Casas Consistoriales, ubicadas en Úbeda en la Plaza del Mercado. En la misma plaza que se levantaron las de Baeza, aunque en esta ciudad se aproxima la sede del ayuntamiento a otros edificios civiles públicos, como la alhóndiga y el pósito.

Según este nuevo equilibrio urbano, proporcionado y simétrico, como marcan los cánones clásicos renacentistas, fue importante para los municipios librarse de los obstáculos que pudieran frenar su desarrollo económico. Por eso se agilizaron las zonas de paso de la ciudad y los caminos que la ponían en contacto con el exterior. En Úbeda los caminos hacia Jaén, Córdoba, Sevilla, Baeza y Madrid pasaban por la plaza de Toledo, que ahora se convirtió en una zona muy principal. Eso explica la intervención del concejo para levantar un nuevo cuerpo de la torre de la muralla ubicada en dicha plaza, destinado a colocar un reloj, coronando la torre con un templete. La intervención municipal en un lugar tan señalado se completó con la edificación, en 1593, de la desaparecida Puerta de Toledo, que era una especie de arco triunfal bajo el que pasaban todos los viajeros y personalidades que visitaban Úbeda, incluidos los monarcas.

Pero la más notable remodelación urbana de Úbeda se hizo en la Plaza Vázquez de Molina, ubicada en el llamado «Llano de Santa María», un espacio libre tras el derribo de su inmenso alcázar medieval. En un plazo no superior a cincuenta años aquel llano quedó convertido en una de las joyas del Renacimiento español, albergando, entre otros edificios, el panteón de la Familia de Francisco de los Cobos, El Salvador, el palacio de su capellán,

el Deán Ortega, el palacio Vázquez de Molina, el Pósito, el palacio de Mancera, y el emparedamiento de Sancho Íñiguez, lindero con la colegiata Mayor, cuyas obras de remodelación se prolongaron hasta el XVII. Esta bellísima plaza es todo un símbolo del orden social imperante durante la época Moderna. En ella es la Sacra Capilla del Salvador el edificio que marca el eje visual principal. Otro eje se establece entre la Colegiata y el Palacio Vázquez de Molina, conectados con el Palacio de Mancera. Este orden mezcla formas rectangulares, trapezoidales y triangulares, creando un marco escénico grandioso para realzar la importancia de sus más destacados linajes.

En Baeza, la Plaza de Santa María, ubicada en la zona del antiguo recinto amurallado, tiene como principal referente la Catedral, a la que se vinculan el Seminario y la Universidad, todos ellos relacionados con el poder de la Iglesia. El poder político se separa urbanísticamente, instalándose en torno a la Plaza del Mercado y del Pópulo, extramuros, donde encontramos las escribanías públicas, las carnicerías, la alhóndiga, la cárcel, los juzgados y la nueva sede del ayuntamiento. Esta plaza se convierte pues en la zona urbana central de una ciudad que se transforma urbanísticamente al ritmo de los cambios sociales, políticos y económicos del momento. De este modo resulta en Baeza mucho más clara la separación entre el poder político y el religioso dentro del nuevo orden urbano: la Iglesia quedó intramuros y el estamento secular fuera de la muralla, con una ciudad alta, clerical y universitaria, y una baja, laica. Un diseño que encaja con lo que defendía Alberti: nuevas ciudades abiertas a nuevas necesidades, debidamente pobladas hermosamente decoradas con edificios renacentistas, y armónicamente urbanizadas al gusto de la proporción y simetría del momento.

En Úbeda no se logró este diseño porque las familias poderosas se aferraron a la zona antigua para edificar sus nuevos palacios. Al querer que estos edificios tuvieran alguna perspectiva frontal, optaron por derribar casas anexas, abriendo placetas delante de los palacios, algo que se repite mucho y que resulta evidente a quien observe la nueva estructura urbana que va adquiriendo la zona intramuros de esta ciudad durante el XVI. Aquí la vieja plaza del Mercado se enriqueció y remodeló, instalándose en ella la sede de su nuevo ayuntamiento, cercano pero a la vez lejano de la Parroquia de San Pablo. Respecto a la citada Plaza de Toledo (llamada coloquialmente entonces «la de arriba», luego plaza del General Saro y hoy de Andalucía, por los avatares políticos de los tiempos), ya era a finales del XVI el centro comercial referente, donde se instalaban mercados, puestos de pan y almonedas.

Era algo lógico si se conoce la estructura geográfica del espacio urbano que hoy ocupa, que sigue creciendo «hacia arriba». Este hecho explica la importancia que tuvo la parroquia de San Isidoro, extramuros, que llegó a concentrar a casi el 40% de la población de Úbeda en tiempos modernos, aproximándose peligrosamente el vecindario hacia el lugar en el que morían los enfermos contagiosos: el hospital de Santiago. Respecto a los conventos, que eran ya era quince en el siglo XVI, estaban bastante dispersos, aunque la mayoría se localizaban en las proximidades de la vieja muralla. A diferencia de la arquitectura palaciega, las nuevas fundaciones conventuales no supusieron demasiadas remodelaciones en la trama urbana, aunque sí alguna. Tal es el caso del convento de Jesuitas, que recuperó un espacio abandonado en la llamada placeta de Santa Catalina, hoy calle Compañía.

Terminamos ya este recorrido comparativo, en el que hemos paseado imaginariamente por las dos ciudades que aspiran a ser declaradas patrimonio de la Humanidad, como conjuntos urbanos renacentistas, modelo de desarrollo humano, en la categoría de Paisaje Cultural Evolutivo. En estas páginas quise poner de manifiesto la conexión que existe entre diversas disciplinas, todas humanísticas, que van desde la Geografía a la Geometría, pues todas tienen como protagonistas a los hombres. También quise dejar claro que la mejor Cultura es la que no permite que un árbol tape al bosque, que es el mundo en el que todos vivimos. Quise poner de manifiesto que nuestros antepasados no eran muy diferentes de nosotros, pues buscaron siempre el progreso, encontrándolo más cuando estrechaban lazos que cuando levantaban barreras con otros pueblos. Porque estas dos ciudades, iguales en apariencia pero con personalidad propia, son un símbolo de lo que ha sido la historia de la humanidad. Aquella Úbeda remota por la que caminaba San Juan de la Cruz, no es muy diferente de tantas ciudades Italianas, remodeladas en una misma dirección sin conocerse, ni sus ciudadanos tan deferentes de nosotros. Aquella Baeza, en la que predicaba el Beato Juan de Ávila y publicaba sus obras Huarte de san Juan, era un modelo casi perfecto de los mejores teóricos del urbanismo renacentista, acaso sin proponérselo. Ambas se complementan dentro de sus propias singularidades, formando unos conjuntos urbanos ejemplares, modelo del urbanismo moderno, que abre puertas al que quiere conocerlas. El paso por ellas de escritores como Cervantes, Eugenio Dors, García Lorca, y tantos otros, despertó pasiones o críticas, pero nunca indiferencia, asombrados ante una armonía no siempre simétrica, que tiene un denominador común: belleza nacida de la mano de los hombres. Como

belleza es la poesía que nos dejó Antonio Machado,» maestro de gay-saber, aprendiz de rui señor», en sus años baezanos:

«¿dices que nada se crea? No te importe, con el barro de la tierra haz una copa para que beba tu hermano. ¿Dices que nada se crea? Alfarero, a tus cacharros. Haz tu copa y no te importe si no puedes hacer barro».

También el barro forma parte de la Geografía, la Historia y del Arte de Baeza y Úbeda, unas ciudades por las que paseó Machado buscando paz para la heridas del alma.

BIBLIOGRAFÍA BÁSICA:

- ALMAGRO ALISES, J.A.: *Los judíos de Úbeda*, Úbeda, 2003.
- ALMAGRO GARCÍA, A.: *Santa María de los Reales Alcázares*, Úbeda, 1989.
- ARGOTE DE MOLINA, G.: *Nobleza de Andalucía*, Ed. de M. Garnica, Jaén, 1866.
- BARRANCO GARCÍA, J.: *Escudos heráldicos de Úbeda*, Úbeda, 2001.
- BELLO, L.: *Viaje por las escuelas de Andalucía (1926-29)*, Sevilla, 1999. Edición y Estudio Introductorio de Agustín Escolano Benito.
- BILCHES, F.: *Santos y Santuarios del Obispado de Jaén y Baeza*, Madrid, 1653.
- CÓZAR MARTÍNEZ, F.: *Noticias y documentos para la historia de Baeza*, Jaén, 1984.
- CAZABÁN LAGUNA, A.: *Apuntes para la historia de Úbeda (1887)*, Ed facsímil. Úbeda, 1992.
- DE TORES, FRANCISCO: *Historia de Baeza*, 1677. edición y estudio de José Rodríguez Molina.
- CHECA GODOY, A.: *Historia de la prensa jiennense (1808-1983)*, Jaén, 1986.
- EISMAN LASAGA, C.: *Manuscritos del último tercio del siglo XVIII, referentes a Jaén. Sus pueblos, su arte, su cultura*, Jaén, 2002.
- ESPINAT Y GARCÍA, B.: *Atlante español*. Edición comentada por Francisco Olivares Barragán, Jaén, 1980.
- GALERA ANDREU, P.: *Arquitectura y arquitectos en Jaén a finales del siglo XVI*, Jaén, 1982.
- HIGUERAS MALDONADO, J.: *Documentos latinos de Úbeda*, Jaén, 1975.
- JIMENA JURADO, M.: *Anales eclesiásticos del obispado de Jaén*, Madrid, 1645. Estudio Preliminar de José Rodríguez Molina y M.^a José Osorio.
- JIMENA JURADO, M.: *Los Anales de Arjona*, Arjona, 1646. Estudio Preliminar de Rafael Frías Marín.
- KENISTON, H.: *Francisco de los Cobos, secretario de Carlos V*, Madrid, 1980.
- LINAJE CONDE, A., y TARIFA FERNÁNDEZ, A.: «Mentalidad fronteriza de un morisco granadino en el reinado de Felipe II: consideraciones sobre la obra de Miguel de Luna», en *Actas del II Congreso de Frontera, Alcalá La Real (Jaén)*, 1997, págs. 439- 452.
- MACHADO, A.: *Poesías completas*, Prólogo de Manuel Alvar, Madrid, 1975.
- MADOZ, P.: *Diccionario geográfico-estadístico de España*, Madrid, 1845- 1850.
- MOLINA HIPÓLITO, J.: *Guía de Úbeda*, Madrid, 1965.
- MOLINA HIPÓLITO, J.: *Baeza histórica y monumental*, Córdoba, 1982.
- MORALES BORRERO, M.: *El convento de Carmelitas Descalzas de Úbeda y el Carmelo Femenino de Jaén; María de la Cruz, O.C.D., su vida y su obra*, Jaén, 1995. 2. vols.
- MORENO MENDOZA, A.: *El arquitecto Andrés de Vandelvira en Úbeda*, Sevilla, 1979, y *Guía histórico-artística de la ciudad de Úbeda*, Úbeda, 1985.
- MONTES BARDO, J.: *La Sacra Capilla de El Salvador*, Úbeda, 2002.
- PAREJO DELGADO, M.J.: *Baeza y Úbeda en la Baja Edad Media*, Granada, 1988.
- PASQUAU GUERRERO, J.: *Biografía de Úbeda*, Úbeda, 1958.

- PÉREZ ORTEGA, M.: *Viaje por la mesa del alto Guadalquivir*, Jaén, 1993.
- PESET, M. y GUTIÉRREZ CUADRADO, J.: *El fuero de Úbeda*, Valencia, 1979.
- QUESADA CONSUEGRA, R.: *Úbeda, hombres y nombres*, Granada, 1982.
- RODRÍGUEZ MOLINA: *El obispado de Jaén-Baeza en la Baja Edad Media*, y «Demografía, sociedad y economía de Jaén (1621-1788)», en *Historia de Andalucía* dirigida por Domínguez Ortiz, Barcelona, 1988, págs. 293-331.
- RODRÍGUEZ-MOÑINO SORIANO, R.: *Aproximación a la historia eclesiástica de la ciudad de Baeza*, Jaén, 2000.
- RODRÍGUEZ-MOÑINO SORIANO, R., y CRUZ CABRERA, P.: *Breve historia de Baeza*, Málaga, 1999.
- RUIZ PRIETO, M.: *Historia de Úbeda* (1897), Ed. facsímil, Granada, 1999. Estudio preliminar e ilustraciones de Adela Tarifa Fernández.
- RUS PUERTA: *Historia eclesiástica del reino y obispado de Jaén*, Madrid, 1634.
- TARIFA FERNÁNDEZ, A. y PAREJO DELGADO, M.J.: *Estudios sobre Úbeda*, Sevilla, 1990.
- TARIFA FERNÁNDEZ, A.: *Marginación, pobreza y mentalidad social: los niños expósitos de Úbeda (1665-1788)*, Granada, 1994; *Úbeda en 1752, según las Respuestas Generales del catastro de Ensenada* (Estudio Introductorio), Madrid, 1994; *Beneficencia y asistencia social en el A. Régimen: la cofradía de san José y los expósitos de Úbeda (siglos xvii y xviii)*, Jaén, 1994; *Breve historia de Úbeda*, Ed. Sarriá, Málaga, 2001.
- TORAL PEÑARANDA: *Úbeda (1442-1510)*, Madrid, 1975.
- TORRES, F.: *Historia de Baeza*, Baeza, 1677. Ed. Coordinada por J. Rodríguez Molina, Baeza, 1999.
- TORRES NAVARRETE, G.: *Historia de Úbeda en sus documentos*, Úbeda, 1999.
- VV.AA.: *Guía de Úbeda y de Baeza*, Úbeda, 1995.
- VV.AA.: *Expediente de propuesta de inscripción de Úbeda-Baeza como Patrimonio Mundial*. Consultora técnica: Rufina Fernández Ruiz.
- VALLADARES, A.: *Temas y autores de Úbeda*, Úbeda, 1992.
- VAÑÓ, R.: *Desarrollo del perímetro urbano de la ciudad de Úbeda*, Jaén, 1975, y *Protección legal de Conjuntos histórico-artísticos. Su aplicación en Úbeda y Baeza*, Jaén, 1980.

ANEXO DOCUMENTAL

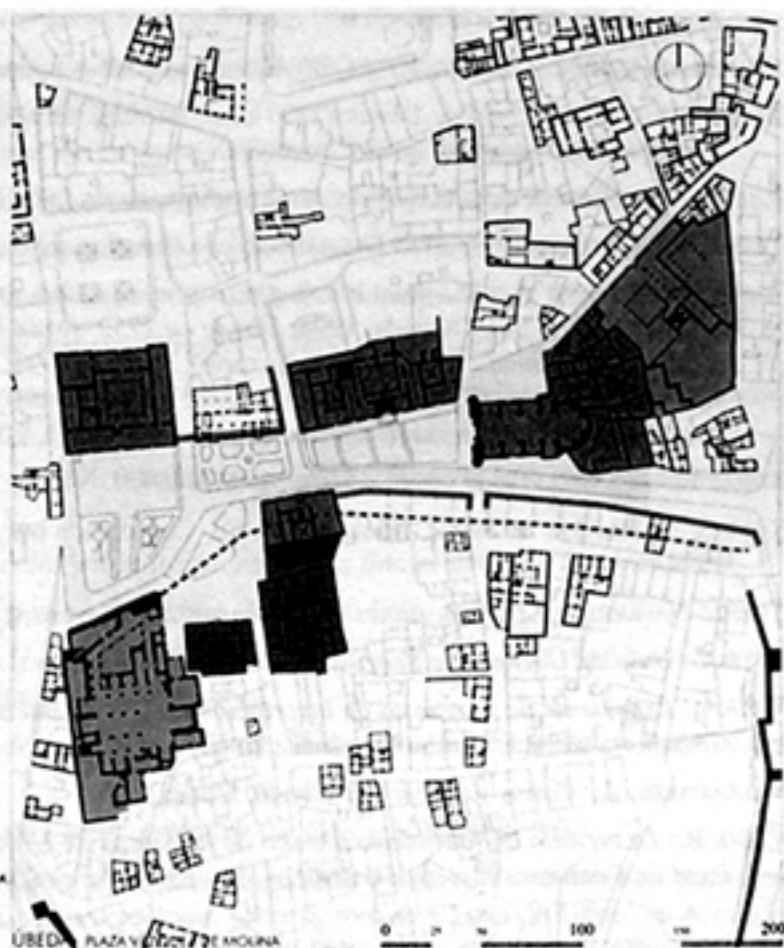
Documentos procedentes del expediente presentado por Baeza y Úbeda en su candidatura a ser reconocidas Patrimonio de la Humanidad.

PLAZA VÁZQUEZ DE MOLINA DE ÚBEDA.

- Espacio y situación original irrepetible en el urbanismo español, en cuyos márgenes se levanta un brillante repertorio de edificios renacentistas que figura entre los conjuntos más destacados a nivel europeo.
- Responde a un proyecto unitario dirigido por el arquitecto Andrés de Vandelvira.
- Sigue los postulados renacentistas, presidida por la capilla de El Salvador (capilla funeraria del mecenas Francisco de los Cobos) templo innovador para la arquitectura renacentista española, con el concurso de los mejores escultores y artistas del momento.
- Simboliza el poder civil y económico de la familia Cobos-Molina.

DATACIÓN HISTÓRICA

- HASTA S. XIV
- FINALES S. XIV
- 1º TERCIO S. XVI
- 2º TERCIO S. XVI
- 3º TERCIO S. XVI
- S. XVII
- TRAZA DE LA MURALLA DEL ALCAZAR
- POSIBLE ALINEACIÓN DEFINIDA POR VANDELVIRA



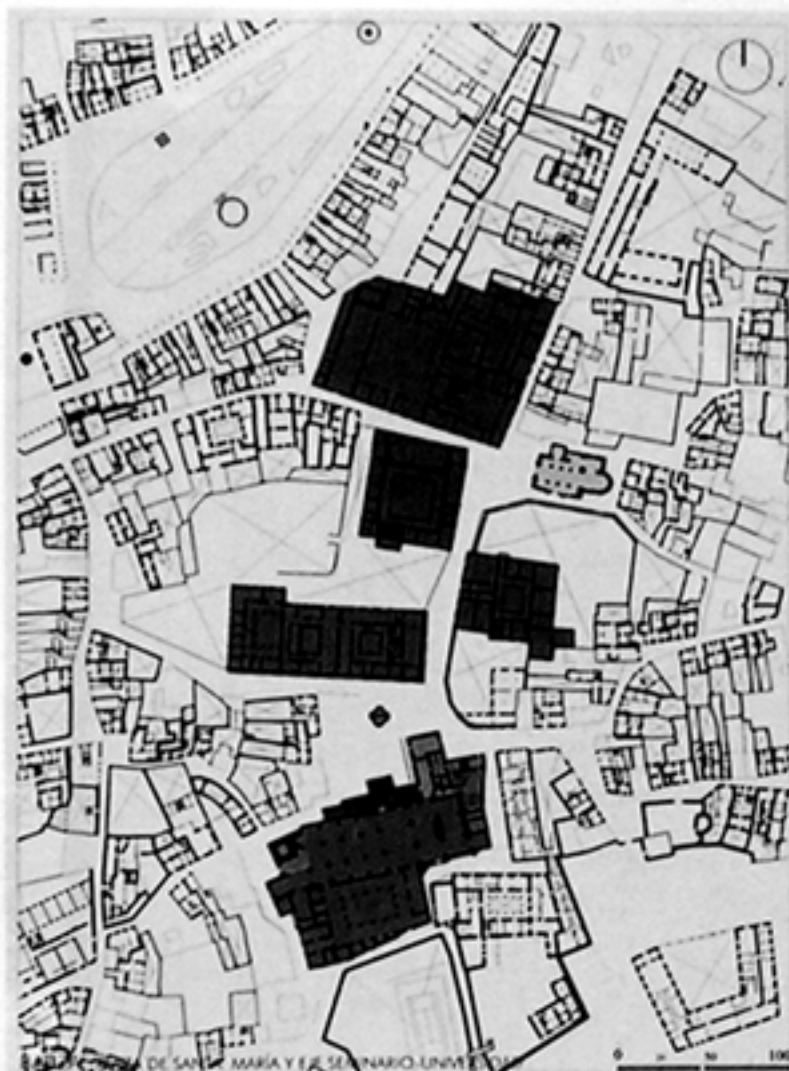
- PROYECTO CIVIL
- PROYECTO MUNICIPAL
- PROYECTO ALCAZAR
- PROYECTO PRIVADO

INFORMACIÓN BÁSICA

	CRONOLOGIA	SUP. PARCELA (M ²)	USO HISTÓRICO	USO ACTUAL
1	1507	2.800	PALACIO	SEDE JUDIC
2	1508-1509	2.800	CAPILLA FUNERARIA	CAPILLA
3	1508	2.800	PALACIO	AYUNTAMIENTO
4	1508	700	HOSPITAL	CENTRO OCCUPACIONAL
5	1508	710	ALCAZAR	PROYECTO DE CULTIVO
6	1508	710	ALCAZAR	PLAZA DE MERCADO
7	1508-1509	2.800	PALACIO	CONJUNTO ESCUELAS DE NIÑOS
8	1508-1510	800	CAPILLA	AYUNTAMIENTO
9	S. XVI S. XVII	2.800	ALCAZAR	ALCAZAR



Conjuntos monumentales de arquitectura y urbanismo renacentistas.



PLAZA DE LA CATEDRAL Y EJE SEMINARIO - UNIVERSIDAD DE BAEZA.

- Es el espacio-eje que mejor representa las ideas renacentistas.
 - También aquí interviene Vandevira junto a otros destacados arquitectos de su escuela, como Ginés Martínez de Aranda (el introductor de la arquitectura renacentista en Galicia) o Juan Bautista Villalpando, autor de algunos textos capitales para la teoría de la arquitectura en la Europa moderna.
 - Representa el poder público y eclesiástico, materializados en la Catedral y la Universidad.

DATACIÓN HISTÓRICA

- S. XIV
- S. XIV
- FINALES S. XIV
- 1º TERCIO S. XVI
- 2º TERCIO S. XVI
- 3º TERCIO S. XVI
- S. XVII

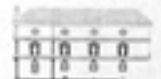


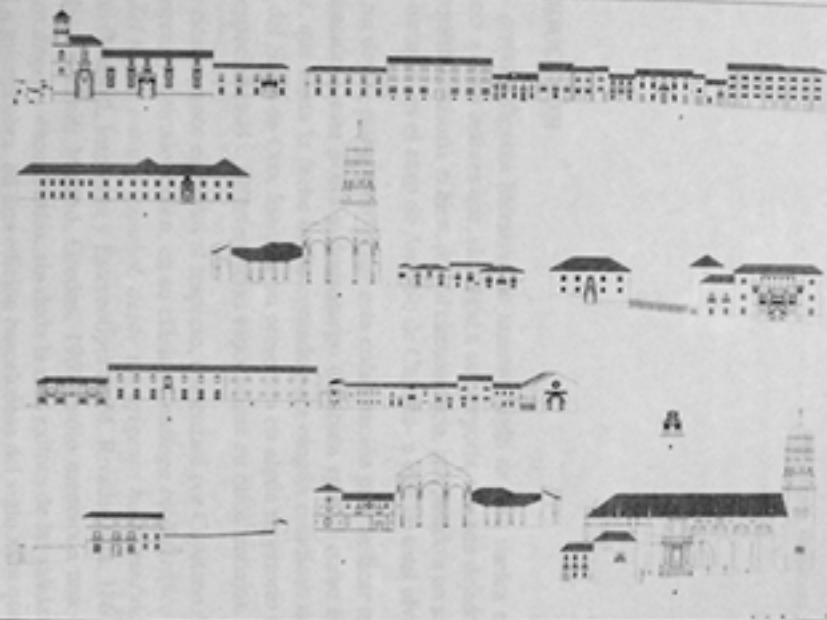
- PROPIEDAD PÚBLICA (AJANTA DE ANÁLISIS)
- PROPIEDAD ALIENA
- PROPIEDAD INSTITUCIONES PRIVADAS

INFORMACIÓN BÁSICA

	CRONOLOGÍA	SUP. PARCELA (M ²)	USO HISTÓRICO	USO ACTUAL
1 ALDEA DE S ^o CRUZ	S. XIV	400	ALDEA	ALDEA
2 PALACIO ABALQUINTE	FINALES S. XIV	1.800	PALACIO	IN USO
3 ECLESIA DE LAS MANIPULENDAS	FINALES S. XIV - XIV	3.700	PALACIO	COLEGIO FILIPINO
4 REFORMA CASAS CONSISTORIALES E ALTAS	1551 - 1568	200	CASAS CONSISTORIALES	IN USO
5 AMPLIACIÓN SACRISTIA	1557	200	SACRISTIA	IN USO
6 FUENTE S ^o MARÍA	1566	---	---	---
7 UNIVERSIDAD	1568 - 1569	2.800	UNIVERSIDAD	ACTIVIDAD UNIVERSITARIA
8 REFORMA Y AMPLIACIÓN CATEDRAL	1570 - 1580	2.500	CATEDRAL	ALDEA
9 SEMINARIO SAN FELIPE NERI	1588 - 1590	8.000	SEMINARIO	IN USO
10 LOGIA DE LA CATEDRAL	1673	---	---	---

Conjuntos monumentales de arquitectura y urbanismo renacentistas.





Baeza. Plaza de Santa María y eje Seminario-Universidad.